

AÑO XV/NÚMERO 2/JULIO-DICIEMBRE DE 2015/ISSN 1665-6431

---

# Revista de Literaturas Populares



---

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
ESCUELA NACIONAL DE ESTUDIOS SUPERIORES, UNIDAD MORELIA  
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

## El cuento tradicional de *La comadrona en el otro mundo* a la luz de nuevas versiones ibéricas y saharianas<sup>1</sup>

ÓSCAR ABENÓJAR

Instituto Cervantes de Argel

No es esta la primera vez que el relato tradicional conocido como *La comadrona en el otro mundo* suscita un análisis comparativo. Hace ya varias décadas que esta narración de título tan sugerente — que versa sobre una mujer generosamente retribuida por asistir a un hada durante el parto — se ha situado en el punto de mira de los investigadores europeos, cuando menos desde 1969, fecha en que el eminente folclorista noruego Reidar Thoralf Christiansen le consagró un estudio pionero a la cuestión.<sup>2</sup> De hecho, algunos artículos acerca de *La partera de las hadas* — que es el otro título con el cual se conoce este argumento — ya forman parte de la bibliografía clásica en los estudios de literatura oral. La mayoría de ellos coincide en que se trata de un relato bastante extendido por las regiones más septentrionales de Europa, muy escasamente documentado en Oriente y — hasta la fecha — aún no registrado en otras regiones del planeta. Como vemos, el objeto de estudio que vamos a tratar en estas páginas no es, en ningún caso, reciente ni novedoso; en cambio son absolutamente novedosos los nuevos horizontes que abren los paralelos vasco-navarros, portugueses y saharianos que aquí quedan expuestos, pues obligan a replantear muchas teorías al uso acerca del origen y la distribución del relato de la matrona recompensada.

---

<sup>1</sup> Agradezco la ayuda y orientación de José Manuel Pedrosa y José Luis Garrosa.

<sup>2</sup> Véase Reidar Thoralf Christiansen, 1974.

Desde que Thoralf Christiansen publicó su monografía “*Midwife to the Hidden People*”, han sido los investigadores escandinavos —y en menor medida también los británicos e irlandeses— quienes con más entusiasmo han seguido el rastro de *La partera de las hadas* por el folclore de sus naciones. Fruto de sus sondeos por tierras de Noruega, Suecia, Dinamarca, Inglaterra e Irlanda es el gran número de paralelos nórdicos de los que disponemos en la actualidad. Precisamente, tal abundancia de testimonios septentrionales ha dado pie a algunos a interpretar que la narración de la matrona fue originada en Escandinavia y que desde allí irradió más tarde a otras regiones de Europa; deducción que, a nuestro juicio, resulta del todo desacertada, pues no toma en consideración numerosas versiones que existen tanto en el sur del continente como fuera de sus fronteras.

El folclorista alemán Hans-Jörg Uther incluyó el relato de *La comadrona en el otro mundo* en su revisión del catálogo *The Types of International Folktales*, donde aparece etiquetado con el número 476\*\* (*Midwife in the Underworld*) y resumido en los siguientes términos:

*La comadrona en el otro mundo.* Un ser humano (un animal sobrenatural) busca a una comadrona para que asista durante el parto a un ser sobrenatural (una enana, un espíritu acuático, una elfa, un espíritu del bosque o una humana que ha sido raptada por las hadas).

Como pago por sus servicios, la comadrona recibe algo que aparentemente no tiene ningún valor (carbón, hojas, basura, cebollas o ajo). Casi todos los objetos que recibe como recompensa se le caen por el camino, porque la comadrona no les presta ninguna atención.

Más tarde se da cuenta de que los restos que le han quedado del regalo se han convertido en oro. Regresa para intentar recuperar lo que ha perdido, pero entonces no logra encontrarlo (o el regalo la conduce a un peligro de muerte).<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> Todas las traducciones que aparecen en este artículo son mías.

En el catálogo de Uther se mencionan veintiséis versiones en total: dos laponas, una sueca, otra danesa, otra inglesa, otra francesa, otra holandesa, tres frisonas, trece alemanas, una austriaca, otra ladina y otra palestina. Vemos — por tanto — que, según el índice internacional, la mayoría de las variantes se aglutina en el centro y en el norte de Europa. No obstante, y por mucho que *The Types of International Folktales* únicamente mencione un testimonio fuera de ese núcleo nórdico, en realidad, como decíamos, *La partera de las hadas* es también muy frecuente en otras regiones del planeta. Su área de dispersión se extiende incluso mucho más allá de los confines meridionales y orientales del continente europeo y abarca, como mínimo, desde el Kurdistán iraquí hasta el extremo sur del Sahara, como tendremos oportunidad de demostrar unas páginas más abajo.

Aunque el tipo ATU 476\*\* fue incluido en las dos ediciones más recientes de *The Types of International Folktales*, lo cierto es que — al menos en las áreas vasco-navarra y portuguesa, que son las dos únicas regiones en que ha sido localizada la narración en la península ibérica — el relato de *La comadrona en el otro mundo* parece que asume más bien los perfiles de la leyenda y no los del cuento. En este artículo no terciaré en la polémica — que ha ocupado ya a algunos autores — de si estamos ante una leyenda o ante un cuento,<sup>4</sup> pues nuestro objetivo aquí será únicamente dejar constancia de su presencia en regiones muy alejadas del área de difusión que han venido manejando los investigadores hasta la actualidad.

Conviene que iniciemos nuestro periplo sin más demora. Y lo haremos en la vizcaína aldea de Cortézubi, de donde proviene esta versión que fue narrada, en euskera, hace ahora casi un siglo:

Una mujer gentil vivía en la cueva de Santimamiñe y, como estaba próxima a dar a luz, trajo a una mujer de la casa vecina llamada Lezika para que la asistiese en el parto y la sirviese.

---

<sup>4</sup> Varios autores han insistido en que *La comadrona en el otro mundo* ha de ser considerada como una leyenda migratoria y no como un cuento. Véanse, al respecto, Christiansen, 1974 (especialmente la p. 105) y Mac Cárthaighs, 1991.

Terminado felizmente el parto, la familia de la mujer gentil convidó a aquella vecina a que comiese con ellos.

Y le dieron una espléndida comida, como premio a este su servicio.

Lo que más asombró a esa mujer fue el pan tan blanco que le sirvieron en la comida.

Se guardó un trozo en el bolsillo para llevarlo a su casa y enseñarlo a la familia.

Pero, llegado el momento de levantarse de la mesa, no podía levantarse por más que se esforzara.

Entonces los gentiles le preguntaron si había cogido y guardado algo de la cueva.

Primero hizo como que lo negaba; pero después lo confesó y devolvió lo robado.

Después los gentiles le dieron un pan entero para la familia y, sin más, volvió a Lezika (Barandiarán, 1958: 204-205).

Por lo menos hasta mediados del siglo XX, los relatos acerca de lamias que requerían los servicios de una partera fueron muy frecuentes en ambas vertientes de los Pirineos occidentales. De la cara norte de las montañas, concretamente de la provincia vascofrancesa de Soule, procede esta otra versión:

Las gentes de la región de Arberua localizan en la célebre caverna llamada Laminazilo (cueva de Istúriz) los hechos que se refieren en esta leyenda. Mi amigo el abate Moulier (Oxobi) publicó una versión de la misma en "Gure Alamanaka" de 1930. Y en el año 1955 me la contó la señora del caserío Otsozelai — Jeanette Duharte — con pequeñas variantes.

Una lamia de Laminazilo estaba enferma. Se trataba de un parto difícil. Las lamias solicitaron los servicios de la señora del vecino caserío Otsozelai. Tras algunas vacilaciones, la señora fue a la caverna y ayudó a la parturienta. Habiendo terminado su labor con feliz resultado, las lamias la obsequiaron con un banquete.

Ella guardó un trozo de pan para llevarlo a su casa. Como recompensa de su trabajo, las lamias le presentaron dos cedazos, de los que uno estaba lleno de piezas de oro y el otro contenía carbón, y le dijeron que escogiese uno para llevarlo a su casa. Unas lamias

jóvenes, que estaban apostadas detrás de ella le dijeron que escogiera el cedazo que contenía carbón.

Así lo hizo. Y saliendo de la caverna, volvía a Otsozelai. Al pasar por el puente de Harixtoi, le salieron las lamias y le dijeron:

— Bilinchi, balancha, eso del bolsillo échalo, de otro modo te echaremos.

La segunda vez hicieron la misma amenaza. Entonces la de Otsozelai dejó caer al río Arberua el trozo de pan que llevaba en su bolsillo. Las lamias no volvieron a molestarla.

Cuando hubo llegado a Otsozelai, el carbón de su cedazo se había convertido en oro (Barandiarán, 1958: 205-206).

Esta otra versión fue registrada, en euskera, en la comarca vasco-navarra de La Barranca:

Una lamia, que vivía en una cueva, tuvo necesidad de partera. La partera no quería ir donde tales gentes. Dijéronle que también aquellas eran personas y que fuese. Cuando fue le dijeron:

— Luego de allí no saques nada.

Muy bien se desembarazó la lamia. La partera cogió un trozo de pan para probarlo en casa. No podía salir de aquel antro, porque tenía tal pan. Luego le dijeron que tenía algo. Ella negaba:

— Que no, que no.

— ¿Cómo no puedes salir de aquí?

Entonces dijo que tenía pan. Luego le dieron un pan entero. Y mostrándole muchos hermosos objetos le dijeron:

— Elige lo que quieras.

Y escogió una carda de oro. Tenían que pasar por un río. La lamia, yendo por delante, al llegar al río, golpeó el agua, ¡plast!, con una ramilla, y quedó seco.

— Luego no mires atrás.

La tal señora (la partera) por ver si estaba seco el río, miró atrás y se le fue la mitad de la carda de oro a aquella vivienda de lamias (Azkue, 1942: II, núm. 193).

En estas leyendas del área cultural vasco-navarra, las recompensas que ofrecen las lamiñak parturientas pueden ser de muy diverso tipo: desde el pan, el carbón o las cenizas de las narracio-

nes que acabamos de leer hasta la carda que recibe – pongamos por caso – la comadrona de esta versión del valle navarro de Aézcoa:

En Abaurrea Baja fue una lamia en busca de partera y la llevó consigo. Según iban andando, en el camino la lamia dijo a la partera:

– Mira: por retribución no pidas otra cosa que carda. Cualquiera otra cosa que pidieras, se convertiría en carbón.

Al volver a casa, ni mires hacia atrás. Al llegar a la antépara del molino, la lamia separó el agua y secó el camino y las dos entraron, se metieron en el agujero del manantial. La partera volvió a casa con su carda y al entrar en ella tuvo que volver la cara para cerrar el portal; y entonces alguien le lanzó una pedrada, y la piedra hizo un gran agujero en el portal. Por aquel agujero muchos años después andaban mañana y tarde, sin miedo de lamias, gatos y perriillos (Azkue, 1942: II, núm. 160).

También en esta otra narración recogida en 1930 en el municipio de Aizpuru – en el concejo navarro de Iuren – la protagonista recibe una carda como pago por sus servicios:

En las peñas de Aizpuru había lamias, y una sentía dolores de parto y trajeron como partera a la señora de Yoane. En la casa de las lamias todas las cosas eran de oro. En cuanto terminó su faena le preguntaron cuánto era su jornal. Aquella dijo a ellas que quería una carda. Le dieron carda de oro, diciendo que no mirara atrás mientras regresaba a casa. Las lamias la acompañaron con música.

Al entrar en casa, teniendo una pierna fuera y la otra dentro, miró atrás, y entonces las lamias le quitaron violentamente la mitad de la carda. Dicen que con la otra mitad fue edificado Yoanea<sup>5</sup> (Barandiarán, 1958: 201-202).

---

<sup>5</sup> En una nota al pie Barandiarán añadió que la leyenda de la lamia y la comadrona era también conocida en las localidades de Guizaburuaga, Ogoño, Esquiule y Zugarramurdi.

En esta otra variante — también recogida en el Pirineo navarro y en euskera — la retribución de la matrona consiste en una rueca y un huso de oro:

Cerca de Lekuberri de Zugarramurdi hay una caverna, la caverna de Akelarre. En aquella caverna se hallaba una mujer — lamia — parturienta. El hombre fue a Lekuberri en busca de partera. La mujer de Lekuberri fue a la caverna a hacer de partera. Nacido el niño, la lamia dio a la partera, como recompensa, rueca y huso de oro. La lamia dijo a la partera que, al regresar a casa, no mirase atrás. Aquella partera, cuando volvía a casa, sentía atrás grandes ruidos. No quería mirar atrás. Como era curiosa, al introducir un pie en casa, antes de introducir el otro, miró atrás. Y le arrebataron la mitad de sus cosas (Barandiarán, 1958: 200-201).

Resulta sorprendente que, desde las costas atlánticas del País Vasco hasta la península escandinava y de allí hasta las montañas del Kurdistán iraquí, muchas versiones de *La partera de las hadas* estén protagonizadas por un pariente del narrador, que a veces puede ser incluso su propia abuela. Y buen ejemplo es este testimonio documentado en la aldea vascofrancesa de Béborléguy:

La abuela de mi madre fue comadrona en Ahaxe. Una noche, a las tantas, un hombre lamiña acudió a ella para que ayudase a dar a luz a su mujer. Mi bisabuela tenía mucho miedo y fue a pedirle consejo a su marido. Este no supo qué contestar. Entonces el lamiña insistió tanto que acabó convenciéndola. Después se la llevó cargándola en su espalda sin que ella se diera cuenta de cómo lo hacía hasta el borde del Remous. Él atravesó el arroyo sin que mi bisabuela se mojara, y a continuación la condujo hasta una habitación, que era la más brillante que ella hubiera visto jamás. Estaba toda hecha de piedras labradas.

Mi bisabuela se puso manos a la obra. Dejó el niño en la cuna después de haberle puesto los pañales. Le dieron comida y bebida en abundancia, y le ofrecieron una buena suma como pago por sus servicios. Pero, aparte de lo que le habían ofrecido, le prohibieron que se llevara cualquier otra cosa que estuviera en la



habitación. Sin embargo, como ella nunca había visto un pan tan hermoso como aquel, le entraron ganas de llevárselo a su casa para enseñárselo a su familia. Así que se metió unos cuantos pedazos en la boca y se marchó.

Cuando mi bisabuela llegó a la orilla del riachuelo, el hombre lamiña le dijo que no podría ayudarla a atravesarlo, pues se había llevado algo de su casa. Entonces ella confesó que, efectivamente, se había llevado un pedazo de pan metido en la boca para enseñar en su casa lo que le habían dado de comer. El lamiña la obligó a que lo echara al agua, y a continuación la ayudó a atravesarlo como había hecho antes, sin que se mojara los pies, hasta el corral.

Una vez que la hubo dejado en tierra, mi bisabuela giró la cabeza, y entonces el hombre lamiña le sacó un ojo de una cuchillada como castigo por haberle robado a pesar de que se lo había prohibido (Cerquand, 1876: núm. 44).

También en otras versiones vascas es habitual que la comadrona arrebate a las lamias un mendrugo de pan, de aspecto muy apetitoso, con el pretexto de enseñárselo a sus familiares y testimoniar así su experiencia en el otro mundo. Pero en la mayoría de las variantes el robo de la comadrona queda frustrado en el último momento, justo antes de que ella abandone la caverna. Así ocurre, por ejemplo, en este otro paralelo del País Vasco francés:

Una noche de San Juan, una hermosa joven fue a visitar a la dueña del caserío Gorritepe justo antes de que amaneciera:

— Buenos días, Marguerite. Tienes que venir al bosque. Hay una mujer que está a punto de dar a luz, y deberías ir a asistirle.

— Pero, ¿quién es usted? No la conozco de nada.

— Ya se enterará después de quién soy yo. Pero ahora, se lo suplico, venga conmigo enseguida.

— Es que ahora mismo no puedo salir de casa. Tengo que preparar la comida de los segadores.

— ¡Sígueme, por favor! Le aseguro que, si hace lo que le digo, se pondrá muy contenta. Si nos ayuda a traer al mundo a ese muchacho, le entregaremos una gran fortuna.

Al final la mujer acabó accediendo, y las dos se fueron al bosque. Entonces la muchacha le dio una varita a Marguerite y le dijo:

— ¡Dé un golpe en el suelo!

La mujer obedeció, y al instante se abrió un hermoso portal ante sus ojos. Una vez dentro, se encontró en un hermoso castillo que brillaba por dentro y por fuera como si fuera de oro:

— No tenga miedo, Marguerite. Ya hemos llegado.

Entonces las dos mujeres entraron en una gran habitación, que era la más hermosa de todas. Allí había una lamiña acostada y a punto de dar a luz. Alrededor de la habitación había unos simpáticos seres. Estaban todos sentados, y no se movieron en ningún momento.

Marguerite se puso manos a la obra e hizo su trabajo. Los demás la mimaron todo cuanto les fue posible. Después le entregaron un pan que era blanco como la nieve.

Como ya empezaba a hacerse tarde, Marguerite decidió volver a casa. La misma joven que la había conducido hasta allí la acompañó hasta la entrada. Pero entonces no consiguieron abrir la puerta:

— Estoy segura de que usted se ha llevado algo de aquí — le dijo su acompañante.

— ¿Yo? ¡Yo no me he llevado nada de nada! Solo este pedacito de pan, para enseñarles a los demás lo bonito que es.

— Pues tiene que dejarlo aquí.

Y en cuanto lo dejó, la puerta se abrió.

— Aquí tiene su pago, Marguerite. Le doy una pera de oro. No se lo diga a nadie nunca. Escóndala bien en su armario, y cada mañana encontrará una moneda de oro al lado de la pera.

Así lo hizo ella, y a la mañana siguiente, efectivamente, se encontró una moneda de oro. Lo mismo ocurrió todos los días, nada más levantarse, durante mucho tiempo. Por muchas deudas que tuviera aquel caserío, consiguieron pagarlas todas y se hicieron con un gran patrimonio.

El marido empezó a tener envidia de ella, y Marguerite, acabó revelándole su secreto para evitar los problemas. Aquella misma noche la pera desapareció, y el marido no volvió a encontrar ni rastro de ella. En aquel lugar todavía se conservan unos agujeros que la gente conoce como “agujeros de las lamiñak” (Vinson, 1883: núm. 8).

Aunque en las versiones que acabamos de leer la figura del marido de la comadrona es solo anecdótica, según otros paralelos, también procedentes del área cultural vasca, la figura del esposo de la partera sí que tiene cierto peso en la trama. Y como caso ilustrativo de su protagonismo expondremos esta versión del País Vaco francés:

Una casa de Lakarry, llamada Buztanoguia, solían frecuentar las lamias. Cierta noche se le fue una a la señora: que una lamia se hallaba en dificultad para parir; a ver si quería ir a ayudarla. Le contestó que sí; pero que tenía que decírselo al marido. Y el marido dijo a la lamia:

— Devuélvemela después esa mujer al sitio de donde la toma.

Y tomándola al hombro, la lamia llevó a esa mujer por una sima abajo. Y esa mujer ayudó en el parto. Y después las lamias dieron de comer a la mujer y le dijeron que nada tomase de allí (para conservarlo). Y como era tan blanco y hermoso el pan, ocultó un trozo en el seno, a fin de enseñarlo en casa.

Después las lamias le preguntaron qué quería como paga, un bote de manteca o un bote de miel. La mujer les dijo que prefería la manteca, que la haría mejor servicio que la miel. Las lamias le dijeron que tomara la miel, que esta era mejor. La mujer les dijo que no la quería; que prefería la manteca. Las lamias le dijeron:

— La paga la tendrá mañana en el armario.

Y la lamia tomó al hombro a la mujer, y no la podía sacar. Y la lamia le dice:

— Algo ha tomado aquí.

— No he tomado nada — le dijo la mujer.

— ¡Oh! Sí, sí — le dice la lamia.

Entonces la mujer le mostró que era un trozo de pan. La lamia le dijo que lo dejara allí: de otro modo, no podía llevarla. Entonces la mujer lo dejó y la lamia la tomó al hombro y la llevó a casa.

Al día siguiente halló el bote de manteca lleno de plata. Si hubiera dicho (escogido), la miel, lo hubiese tenido lleno de oro (Barandiarán, 1958: 202-204).

En la versión que leeremos a continuación — que proviene del País Vasco francés y que fue recogida, en euskera, por el

folclorista y párroco labortano Jean Barbier en el primer tercio del siglo XX — también interviene un hombre; aunque en esta ocasión no se trata del marido de la partera sino de un heraldo enviado por las lamias:

Había una vez una lamiña que estaba a punto de tener un niño. Entonces envió a uno de sus compañeros a buscar a una mujer del pueblo que hacía de comadrona.

Y mientras la comadrona y ella iban caminando, la lamiña le dijo a la mujer:

— Pues, en cuanto hayas terminado tu trabajo, te daremos a escoger entre dos pucheros; uno de ellos estará lleno a rebosar de oro, y el otro estará lleno de ceniza. Tú deberás elegir aquel que esté lleno de ceniza, porque el otro solo tiene oro en la superficie.

— ¡Por supuesto! ¡Eso haré!

La comadrona hizo tal y como había dicho. Y, efectivamente, todo ocurrió tal y como le había dicho la lamiña (Barbier, 1931: 25).

En la portuguesa provincia de Trás-os-Montes e Alto Douro abundan, asimismo, las narraciones acerca de comadronas que asisten en los partos de seres del otro mundo. Eso sí, a diferencia de la tradición vasca, en estas versiones lusas las embarazadas no son las montaraces lamias de las cuevas, sino moras que se cree encantadas en suntuosos palacios y castillos.

Al igual que sucede en el paralelo vascuence que acabamos de leer, en este testimonio procedente del extremo norte de Portugal, también interviene un mensajero enviado por las moras:

Una noche un hombre fue a llamar a una partera a la villa de Montalegre. Entonces se la llevó al castillo. Y una vez allí levantó una losa debajo de la cual había un hermoso edificio, y en el interior había dos muchachas muy hermosas. La mayor de las dos estaba tumbada en una cama de oro con dolores de parto.

Al cabo de un rato nació una niña, que la partera entregó a la compañera de la muchacha. Después el hombre abrió un cajón repleto de riquezas, y le dijo a la partera que se llevase lo que quisiera. Pero ella no se llevó nada (Parafita, 2006: núm. 140).

Y un desenlace muy similar al de algunas versiones vascas es el de este otro paralelo portugués, en el cual la matrona recibe una (solo aparentemente) exigua retribución por sus servicios:

En la orilla del río Támeга, donde hoy existe la famosa Quinta dos Machados, dice la tradición que habitaba una mora muy rica en su palacio encantado. Y cuando estaba punto de dar a luz, mandó a uno de sus criados a que llamara a la partera de Chaves, y le ordenó que se la llevara con ojos vendados.

La partera fue al palacio y le ayudó a la mora a dar a luz a una hermosa morita. Muy grande fue la alegría en el palacio, y la mora, para pagar los servicios de la partera, le entregó un cofre y se lo puso en las manos.

Le dijo:

— Aquí tienes el pago por el servicio que me hiciste. Pero tendrás que esperar hasta mañana para poder abrir el cofre.

Entonces la partera, al ver la riqueza que había en el palacio, regresó a su casa bien contenta, pues pensaba que lo que había en el cofre podría ser algo muy valioso. Así que, como tenía tanta curiosidad por saber lo que había en el interior del cofre, no pudo esperar hasta el día siguiente. En cuanto llegó a casa trató de abrirlo. Y cuál no fue su sorpresa al descubrir que el cofre solo contenía unos trozos de carbón.

Irritada con el desplante de la mora, cogió los carbones y los dejó tirados en el corral. Al día siguiente volvió a coger el cofre para ver si le encontraba alguna utilidad. Y entonces ¿qué fue lo que se encontró? En el fondo relucían unos pedazos de oro. Se arrepintió de haber dejado fuera los demás carbones y se fue al corral para saber qué había sido de ellos. Pero entonces ya no se encontró nada de nada (Parafita, 2006: núm. 64).

En esta otra variante se diría que el episodio final de la recompensa de las moras y la decepción de la partera ha sido escamoteado:

Vivió en nuestras tierras una vieja partera a la que siempre llamaban para asistir en los partos de las moras. Una vez la llamaron

para que fuera a un lugar que hoy es conocido como Outeiro da Moura. Le indicaron el lugar, pero cuando llegó, lo que se encontró fue un río con una cascada en frente de ella. Así que, por eso, se quedó pasmada mirando hacia aquel lugar, sin saber qué hacer.

—Y ¿ahora qué hago? —dijo en alto, preguntándose a sí misma.

Y justo en aquel momento las aguas se retiraron para dejarla pasar. La partera entró, y dentro de la cascada encontró un palacio de oro y piedras preciosas. En el interior vivía una mora que estaba a punto de dar a luz. Cuentan que la partera cumplió su misión con la misma práctica y la pericia que había adquirido durante tantos años. Y al regresar a casa, el río y la queda de agua se volvieron a calmar (Parafita, 2006: núm. 194).

En el catálogo de cuentos *The Types of International Folktales* no se cita ninguna de las versiones vascas o portuguesas que hemos leído hasta el momento; como tampoco aparecen registrados los testimonios de los cuales nos vamos a ocupar de ahora en adelante. El primero de ellos es esta versión bereber procedente del oasis argelino del Mzab:

Había una vez una mujer que estaba regando las flores de su jardín. De repente, pasó por allí una gata preñada que estaba a punto de parir, y como le dio mucha pena ver que el animal estaba sufriendo los dolores del parto, se giró y le dijo a la gata:

—¡Que Dios te ayude cuando te llegue el momento de parir! Yo misma retiraré la placenta de tus crías.

La mujer no lo sabía, pero la gata se había enterado de todo lo que le había dicho.

Unas horas más tarde, al caer la noche, llegaron a su casa dos mujeres y llamaron a la puerta. Ella les abrió, y una de ellas le dijo:

—La gata está a punto de parir. Por favor, ven a retirar la placenta de las crías. Ella te está esperando.

La mujer se quedó con la boca abierta. ¿Cómo había podido entender la gata lo que le había dicho? Estaba un poco confusa, pero aceptó y las acompañó.

Cuando llegaron y abrieron la puerta, la comadrona vio que allí había otra mujer que estaba dando a luz. Entonces les preguntó a las dos mensajeras:

—No veo a la gata por ninguna parte. ¿Dónde se ha metido?

—Estamos en su casa — respondieron ellas —. ¿Ves a esa mujer que está dando a luz ahora mismo? Pues esa es la gata que viste esta mañana.

La mujer se quedó de piedra. Pero luego reaccionó enseguida, porque la parturienta necesitaba su ayuda urgentemente. Así que dejó de darle vueltas y fue a retirar la placenta del recién nacido.

Cuando hubo terminado, una de las dos mujeres le dijo a su compañera:

—Ahora ve a poner la placenta en una olla que no esté cubierta. Luego tráeme la grasa del tarro que no está tapado y dame también la sémola sosa, que voy a preparar la comida a la comadrona que ha venido a ayudarnos. ¡Ah! Y que no se te olvide la lana que usamos para tejer alfombras, que voy a cubrir con ella al recién nacido.

En aquel momento la comadrona se dio cuenta de que las tres mujeres eran, en realidad, ogresas. Lo dedujo porque, de repente, se acordó de que, cuando era pequeña, su madre le había dicho que solo las ogresas y los seres del otro mundo dejaban las ollas y los tarros sin cerrar por la noche.

Su madre le había contado también que las ogresas se comían la sémola sin sal. Además, era martes por la noche, y ella ya había escuchado antes que solo las ogresas cardaban la lana las noches de los martes.

Como la mujer empezó a tener mucho miedo, les dijo:

—No os molestéis en prepararme comida, que no tengo nada de apetito. Además, tengo mucha prisa por volver a casa. Me están esperando...

Y en aquel momento una de las ogresas le lanzó un puñado de brasas. Al instante la mujer salió corriendo. Se escapó de la casa y empezó a correr y a correr con todas sus fuerzas mientras se sacudía la ropa para evitar que se quemara.

Cuando por fin llegó a su casa, echó un vistazo al vestido para ver si las ascuas aún seguían allí. Y entonces vio que había un diamante prendido de su ropa, justo en el lugar donde la ogresa le había lanzado las brasas.

Y es que las ascuas se habían convertido en un diamante, que era, en realidad, un regalo de aquellas ogresas como agradecimiento por haberles ayudado a retirar la placenta de la gata.<sup>6</sup>

Esta que acabamos de leer es la primera versión del presente artículo en la cual la embarazada es un animal; pero no se trata ni mucho menos de un avatar aislado. La presencia de estas singulares embarazadas se debe, probablemente, a una contaminación con un tipo cuentístico muy similar, el 476\* (*In the Frog's House*), del cual ofrece *The Types of International Folktales* la siguiente síntesis:

*En casa de la rana.* Una mujer le promete a una rana que serán amigas y asiste como comadrona en el parto de la mujer de la rana. Luego se lleva al hijo de la rana a que sea bautizado, limpia el polvo de la casa de la rana y se lleva la basura. Entonces se da cuenta de que la basura se ha convertido en oro (o en dinero).

De hecho, varios batracios embarazados deambulan por las versiones del norte y del este de Europa, y buena prueba de ello es este relato irlandés que Sean O'Sullivan incluyó en su libro *Folktales of Ireland*:

Había una vez, hace mucho tiempo, una muchacha que había llevado su rebaño a pastar. Al cabo de un rato echó un vistazo a su alrededor y entonces descubrió una rana enorme que estaba dando saltos en la entrada de una cueva.

La muchacha se quedó un rato mirándola. Estaba asombrada de su tamaño. Nunca había visto una tan grande.

—Espero que no se te ocurra ponerte de parto cuando yo no esté presente —le dijo ella de broma.

Al caer la noche regresó a casa.

Y ya muy tarde, en plena madrugada, un hombre montado a caballo se presentó en casa de la muchacha. En cuanto hubo

---

<sup>6</sup> Traduzco la versión, en bereber mozabí, registrada el quince de mayo de 2014 por Messaouda Khirennas a Z. O., oriunda de la ciudad de Guerrara.



llegado, se bajó del caballo, llamó a la puerta y preguntó si ella estaba en casa.

— Bueno, la verdad es que solo la necesito durante un rato esta noche. Luego yo mismo la acompañaré a su casa. Me encargaré de que vuelva sana y salva — dijo él.

La muchacha aceptó y lo acompañó. Él la ayudó a montar en el caballo y luego empezó a cabalgar. Le dijo que no tuviera miedo.

Estuvieron cabalgando un rato hasta que llegaron al palacio de las hadas. Entonces desmontaron y entraron en la casa...

Una vez dentro la llevó a una habitación donde había una lumbre y una cama. Tumbada en aquella cama había una mujer que, precisamente en aquel momento, estaba dando a luz.

La pobre muchacha estaba muy asustada, porque no tenía ni idea de dónde se había metido...

Luego descubrió que allí había otras dos mujeres que estaban cuidando a la que estaba en la cama. Cuando el niño nació, las dos mujeres hicieron un hueco en las brasas de la lumbre y allí colocaron al niño.

La muchacha se quedó observando fijamente todo lo que hacían. Vio que las mujeres cogían las brasas y que las colocaban en una especie de plato que había en la habitación.

Cuando la embarazada terminó de dar a luz, el hombre fue a ver a la muchacha y le dijo:

— Ya te puedes ir. Yo mismo te llevaré a casa.

Y después le dijo a la mujer que acababa de dar a luz:

— Deberías darle un regalo antes de que se marchara.

— Está bien. Pues voy a hacerle un regalo — respondió la mujer.

Y entonces le entregó un mantón y un saquito lleno de dinero.

Antes de marcharse del palacio de las hadas, la mujer vio que de la habitación empezaban a salir otras personas. En aquel momento ella se puso a remover las ascuas del plato donde habían dejado al niño y dijo:

— ¡Por todos los cielos! Voy a restregarme estas ascuas en uno de los ojos.

Y se frotó uno de los ojos con un tizón.

Luego el hombre la acompañó afuera, la ayudó a montar en el caballo y emprendieron el camino de vuelta a su casa.

Y cuando pasaron por un lugar donde había un árbol enorme, el hombre le preguntó:

— ¿Se puede saber dónde has puesto el mantón que te ha regalado la mujer?

— Lo llevo aquí mismo — respondió ella.

Y el hombre le ordenó:

— Pues vete hasta ese árbol grande y déjalo allí atado.

La muchacha se acercó al árbol y se puso a atar el mantón. Y nada más atarlo, el árbol se partió en dos.

— Que sepas que, si se te ocurre ponerte el mantón, a ti también te partirá en dos, como ha hecho con el árbol — le dijo el hombre —. Y mañana por la mañana, en cuanto te levantes, ve a llamar a la puerta de varias casas. Ve llamando a las puertas y ponte a pedir que te cambien el dinero que te dio la mujer. Que no te quede más de un penique mañana por la noche; o de lo contrario sufrirás...

Después llegaron a la casa de la muchacha.

— Ahora bájate del caballo — dijo el hombre —, y que no se te olvide hacer lo que te he dicho.

Él se alejó a todo galope. En cuanto ella alzó la mirada, ya no quedaba ni rastro de él.

A la mañana siguiente cogió el saquito de dinero y fue llamando a todas las puertas y pidiendo que se lo cambiaran. [...] Cuando hubo terminado se dirigió a una feria que estaba a unas cinco o seis millas de su casa.

Al llegar allí se dio cuenta de que era capaz de ver a unas personas que los demás no podían ver... Se puso a dar una vuelta por la feria, y entonces se cruzó con el mismo hombre que había ido a buscarla la noche anterior.

Se acercó a él y le dijo:

— ¡Qué alegría verte! ¿Cómo estás?

Él se quedó mirándola, muy asombrado, y le preguntó:

— ¿Cómo es posible que hayas podido verme?

— Pues te estoy viendo con este ojo — le dijo mientras señalaba el ojo que se había restregado con las ascuas.

— Bueno, pues, si es así, que sepas que no volverás a verme nunca más — le respondió.

Y al momento acercó un dedo en el ojo de la muchacha, lo empujó y la dejó tuerta. Y desde aquel día la muchacha se quedó con un solo ojo (O'Sullivan, 1966: 169-171).

En 1969 el insigne folclorista Dov Noy, en su libro *Folktales of Israel*, publicó una interesantísima variante que él mismo había registrado a una mujer judía del extremo septentrional del Kurdistán iraquí. Lo asombroso de ese relato kurdo es que el animal que se encuentra a punto de parir es — como en el cuento sahariano — una gata, y no una rana ni un ser sobrenatural. El encuentro con la comadrona, además, tiene lugar en unas circunstancias muy similares a las de la versión del Mzab.

En un principio, tales coincidencias nos tentarían a agrupar las dos versiones en la misma subfamilia de este tipo narrativo. Ahora bien, como tendremos ocasión de constatar en la traducción del relato judeo-kurdo que ofreceremos bajo estas líneas, las divergencias respecto de nuestra versión bereber son más que evidentes; tanto que — salvando alguna semejanza episódica, como es la clase del animal o la similitud de la escena del encuentro entre la gata y la mujer — se puede afirmar que el paralelo del Mzab se halla mucho más próximo a los testimonios europeos que a esta variante del Kurdistán:

Un día mi abuela se quedó sentada en el porche de su casa y se puso a bordar. Había tenido una jornada de trabajo muy dura y estaba agotada.

De repente vio una gata muy bonita que estaba rondando a hurtadillas por toda la casa... Vio que estaba olisqueando por todos los rincones, como si estuviera buscando comida...

Entonces mi abuela quiso hacerle un favor a la gata y le dio de comer. Luego se acercó un poco a ella y se dio cuenta de que estaba preñada. Al ver aquella escena mi abuela pensó: “¡Ojalá pudiera ser yo la comadrona de esa gata!”.

Al cabo de unos días, durante una oscura noche de tormenta, el ruido de unos pasos despertó a mi abuela. En mitad de la noche alguien llamó a la puerta. Mi abuela se levantó rápidamente, se vistió enseguida y fue a preguntar quién era.

Vio que en el descansillo había un hombre que no paraba de sudar. Parecía agotado. Y al ver a mi abuela se puso a hablar aceleradamente:

— Abuela, si viene conmigo, le prometo que ganará mucho dinero. Mi esposa está a punto de dar a luz. Ya ha empezado a tener las contracciones del parto, y no conoce a nadie que le pueda echar una mano.

Mi abuela aceptó acompañarlo para asistir a su mujer.

[...] Los dos empezaron a caminar por la calle a paso ligero. Cuando se le ocurrió echar un vistazo hacia atrás, se dio cuenta de que ya había dejado atrás la última casa de la ciudad. Iba caminando por el campo abierto. Y al verse en aquel lugar deshabitado le entró un escalofrío por todo el cuerpo.

En aquel momento comprendió que quien había ido a buscarla no era, en realidad, un hombre sino un demonio. Entonces se dijo para sus adentros: “¡Que Dios se apiade de mí!”.

Al cabo de un rato de caminata llegó al puente de piedra. Se metió en una gran cueva y, una vez que estuvo allí dentro, oyó la voz de un hombre que le decía:

— ¡Abuela! ¡Sígueme, que es por aquí!

Ella se quedó aterrorizada. En el interior de la cueva había muchos demonios y diablillos que tenían unos cuernecitos en las cabezas. Todos estaban gritando y maullando como si fueran gatos.

Entonces el demonio que tenía los cuernos de mayor tamaño se la llevó a un lugar apartado y le dijo:

— Si el recién nacido es un niño, te daré todo lo que quieras. Pero ¡que Dios nos libre de una niña!

Mi abuela se quedó pálida y no respondió ni una palabra. Se metió en la habitación donde la mujer estaba dando a luz. Y ¿qué fue lo que vio? Pues que la gata que le había visitado hacía un rato estaba allí, tumbada en la cama.

Y en cuanto la vio llegar, la gata le hizo un gesto para que se acercara y le susurró al oído:

— Querida abuela, no se te ocurra comer aquí, o de lo contrario te convertirás en un demonio más y te unirás a esa caterva de diablos.

Mi abuela hizo caso de aquella advertencia de la gata y no probó bocado mientras estuvo en la cueva. No comió nada de nada en toda la noche, a pesar de que le ofrecieron unas comidas y unas bebidas suculentas.

Y luego, cuando llegó el momento del parto, se remangó la blusa y se puso manos a la obra. Al final la gata parió un macho.

Después el jefe de la cuadrilla de demonios fue a buscar a mi abuela y le dijo:

—Te daré todo lo que quieras, incluso si lo que me pides es la mitad de mi reino.

—No quiero nada —respondió mi abuela—. La recompensa por una buena acción es la acción en sí misma.

—Pero ¡eso es imposible! ¡Tienes que llevarte algo! Esa es nuestra costumbre, y tú no puedes oponerte —dijo el jefe de la caterva de diablillos con voz amenazante.

Mi abuela sabía de sobra que aquel monstruo no estaba hablando en broma, así que dirigió la mirada hacia una ristra de ajos que había colgada en uno de los rincones de la habitación y se le ocurrió pedirle que le regalara unos cuantos. Lo hizo solo por obligación, porque el otro la había amenazado. Entonces se metió todos los ajos en el vestido y después la acompañaron a casa.

Estaba completamente agotada. Cuando llegó a la puerta dejó uno de los ajos tirado en el suelo, antes de abrirla. Luego entró y cayó rendida en la cama.

A la mañana siguiente su nieto se levantó y fue corriendo a preguntarle a su abuela:

—¿De dónde has sacado tanto oro, abuela?

Entonces ella echó un vistazo fuera de la puerta y vio que el ajo se había convertido en oro puro. Luego repartió el oro entre sus hijos, sus nietos y toda su familia.

Ya han pasado muchos años desde que ocurrió aquello, y todos sus hijos han ido dispersándose por todo el mundo. Mi hermana y yo hemos tenido el privilegio de vivir en Israel, en la tierra sagrada, y, como recuerdo de nuestra abuela, las dos hemos conservado un pedazo de aquel ajo que se convirtió en oro (Noy, 1969: 24-27).

La variante húngara que aquí abajo exponemos resulta muy significativa, porque recoge muchos de los personajes, motivos y episodios a los cuales hemos ido haciendo mención a lo largo de páginas anteriores. Entre las semejanzas respecto de algunas versiones vascas que hemos leído anteriormente, destacaremos, por ejemplo, que también este testimonio magiar está protagonizado

por la propia abuela del narrador. Como sucedía en el paralelo irlandés, la partera de esta versión húngara asiste a una rana en el momento del parto. Un poco más adelante, hacia la mitad del relato, constataremos que — como ya leímos en otras variantes del área vasco-navarra — uno de los emisarios es el esposo de la parturienta. Y ya en las últimas líneas descubriremos que el pago por los servicios de la comadrona es muy similar al de otros paralelos que hemos presentado unas páginas antes:

Una noche alguien fue a buscar a mi bisabuela para que asistiera a un parto. Enseguida se dirigió hacia la casa y, por el camino, se encontró con una gran rana. Como las ranas le daban mucho miedo, mi bisabuela se puso a gritar:

— ¡Fuera de mi camino, horrible criatura! ¿Qué demonios se supone que estás haciendo pegando saltos alrededor de mí? ¿Acaso estás buscando una comadrona?

De vuelta a casa, se metió directamente en la cama. Pero justo en aquel instante, de repente oyó el ruido de un carrito en el patio... A continuación vio que la puerta se abría y que entraban dos hombres; los dos de piel muy oscura. Tenían unas piernas tan flacas y largas que parecían un par de boquillas de pipa, y tenían unas cabezas enormes, del tamaño de una fanega cada una.

La saludaron:

— Buenas noches.

Luego añadieron:

— Queremos que nos acompañes. Tienes que venir con nosotros y prestar tus servicios en un parto.

Uno de los hombres dijo:

— Recuerda que por el camino le prometiste a mi esposa que la ayudarías a dar a luz cuando llegara el momento.

Al escuchar aquello mi bisabuela se puso a darle vueltas a la cabeza. No recordaba haberse encontrado con nadie por el camino de vuelta, a excepción de la rana. “Es cierto”, se dijo a sí misma. Yo le dije de broma: “¿Es una comadrona lo que estás buscando?”. Y luego le dije: “Si es así, podría acompañarte y echarte una mano”.

Entonces le respondió:

— Bueno, puesto que insiste tanto en que les acompañe, voy con ustedes.

Entonces se vistió con cuidado, y cuando estuvo lista, les preguntó a los hombres:

— ¿Será un viaje largo? ¿Debería llevar ropa más caliente?

— No vamos lejos. Estaremos de vuelta en una hora y media más o menos. Pero date prisa, porque mi esposa no se encontraba nada bien cuando me marché.

La subieron en su carruaje negro y al momento empezaron a ascender por una gran montaña... De repente, en mitad del camino, la montaña se abrió ante sus ojos, y entonces se introdujeron por la brecha, directos hacia el centro de la montaña.

Al cabo de un rato se detuvieron frente una casa, y entonces uno de los hombres le abrió la puerta a mi bisabuela. En cuanto atravesó el umbral, vio a una pequeña mujer que estaba tendida en el suelo. Ella también tenía una cabeza del tamaño de una fanega. Parecía que estaba enferma, y daba unos gritos terribles.

En un abrir y cerrar de ojos dio a luz a un niño. Tenía el aspecto de un pequeño huso, con aquellas piernas tan flacuchas, que parecían unas boquillas de pipa y una cabeza tan grande como una olla.

Entonces la extraña mujer dijo:

— Bueno, supongo que ya te habrás dado cuenta de quién soy yo. Soy la rana a la que apartaste de tu camino de una patada. La rana a la cual le diste un pisotón.

A continuación el marido de la rana insistió en que cogiera un delantal lleno de oro. En cuanto hubo terminado de colocar todo el oro en su delantal, la acompañaron a la cima de la montaña Magyarós en el mismo carruaje negro en que había llegado.

Justo en aquel instante empezaba a amanecer. El gallo se puso a cacarear. Y entonces los hombres le dieron un empujón y la echaron del carruaje.

Ella se puso de pie y echó un vistazo a su delantal para asegurarse de que seguía teniendo el oro. Pero ya no quedaba nada de nada. Todo el montón de oro se había esfumado (Dégh, 1965: 296-299).

Como colofón a nuestro recorrido por los paralelos internacionales del tipo narrativo ATU 476\*\*, hemos reservado un testimonio fascinante, que no proviene de la fría taiga escandinava ni de las

lluviosas tierras irlandesas ni del naciente europeo; ni siquiera fue registrado en tierras próximas al Kurdistán. No procede, como decimos, de ninguna de las áreas que han sido tenidas por los investigadores como cuna del tipo narrativo de la matrona que asiste a los seres del otro mundo; sino que fue documentado, en lengua tuareg, en las muy remotas y aisladas montañas del Aïr nigerino. He aquí la variante sahariana en cuestión:

Un día tres mujeres volvían de los pastos con sus cabras. [...] De repente, Binta, que era una de ellas, se detuvo y gritó:

— ¡Mirad allá arriba, encima de la roca! ¡Es un *tafaka*!

El *tafaka* es un lagarto de belleza extraordinaria, y en ocasiones es posible verlo cuando está tomando el sol en una roca. En aquella ocasión se trataba de una hembra joven, que tenía unas finas rayas rojas en el lomo. Se notaba, por el volumen de su vientre, que estaba preñada.

Las tres pastoras eran ya de edad avanzada, así que tenían cierta experiencia en lo que se refiere a embarazos. Se quedaron un rato observándola, y a Binta le dio pena de la hermosa *tafaka*, porque le hizo recordar a su propia hija, que en aquella época se encontraba en el mismo estado. Así que, antes de alejarse y dejarla sola, se acercó a ella y le dijo de broma:

— ¡Escucha, hermosa *tafaka*! ¡Que no se te olvide ir a llamarme cuando vayas a parir, porque me gustaría prestarte mi ayuda como comadrona!

La *tafaka* asintió con la cabeza, pero, como ese es un gesto frecuente entre los lagartos, no le dieron importancia. Las tres mujeres se rieron y se marcharon.

Durante las semanas siguientes Binta siguió dedicándose a sus ocupaciones cotidianas mientras cuidaba con ternura de su hija, que estaba embarazada.

Un buen día se presentó ante ella un joven, la saludó y le preguntó si era ella Binta. Ella asintió, y entonces el hombre le anunció que una tal *Tafaka* estaba a punto de dar a luz. Después le pidió que cogiera rápidamente sus enseres y que lo acompañara.

Aunque a veces las gentes del Aïr tienen apodosos inimaginables, Binta no había escuchado jamás que alguien de los alrededores fuera conocido como “*Tafaka*”. Al ver que el hombre iba vestido



con mucha elegancia, se imaginó que la tal Tafaka sería una mujer importante y adinerada. Entonces se preparó a toda prisa; recogió todo lo necesario, les dijo a sus vecinas que se ocuparan de su hija y se marchó con el desconocido.

Por el camino Binta le pidió a su acompañante que le hablara un poco de aquella Tafaka, pues no recordaba haberla visto nunca antes. Y el hombre le respondió que en breve tendría ocasión de conocerla en persona.

Estuvieron caminando durante mucho tiempo, hasta que por fin llegaron justo en frente de las madrigueras de los gatos salvajes. Una vez allí se detuvieron y el joven le ordenó a Binta que cerrara los ojos. Ella obedeció enseguida, y en cuanto él le dijo que ya podía volver a abrirlos, se dio cuenta de que se encontraba en una hermosa tienda, muy grande y decorada con mucho gusto. Frente a ella había una mujer muy hermosa, que estaba a punto de dar a luz.

—¿Me reconoces? — le preguntó la mujer.

—Pues la verdad es que no recuerdo haberte visto jamás — le respondió Binta.

—Soy Tafaka, la hembra de lagarto que estaba encima de una roca. Una tarde me visteis tú y tus amigas. Yo estaba embarazada, y aquello os dio mucha risa. Vosotros, los humanos, siempre tenéis algo que decir sobre lo que veis, y no queréis entender que la naturaleza ha engendrado a otras criaturas diferentes de vosotros. Pues bien, ahora ha llegado el momento de que cumplas la promesa que me hiciste cuando te dio tanta pena de mi estado. No te haremos daño, porque sabemos que eres una buena mujer. Harás tu trabajo, y nosotros te recompensaremos. Luego serás la embajadora de los *djinns* entre los humanos.

En cuanto terminó de decir aquello, la mujer empezó a quejarse de dolor, y Binta la ayudó a dar a luz, tal y como había prometido.

Luego se quedó cuarenta días con los *djinns*, durante los cuales se encargó de cuidar a la joven madre.

La trataron muy bien. Aprendió los secretos de las plantas y todas las prácticas misteriosas que ayudan a curar las enfermedades de los hombres. Binta fue colmada de regalos.

Y un día, por fin, el hombre que había ido a buscarla acompañó a la mujer hasta el lugar donde vivían los humanos, no sin antes haberle vendado los ojos (Rivaillé y Decoudras, 1993: 97-99).

Este impresionante testimonio tuareg, si se toma en consideración junto con la versión mozabí que he traducido páginas atrás, es indicio de que en África pueden estar latentes muchas otras versiones y tradiciones, a la espera de nuevas prospecciones que presumiblemente se revelaran muy fructíferas en el futuro. Si sumamos estos testimonios norteafricanos a los vasco-navarros, portugueses, húngaros o centroasiáticos que hemos alcanzado a documentar, y que no figuraban, hasta ahora, en la bibliografía académica las conclusiones que se siguen son muy relevantes.

Primero, porque quedan al descubierto las limitaciones de los catálogos canónicos, incluso del excelente de Uther (2004), que tienen un indudable sesgo eurocéntrico y que no han atendido de manera suficiente, todavía, a otras geografías tradicionales menos accesibles o menos trilladas. La dispersión, por tres continentes diferentes, y no solo por el europeo, de las versiones tradicionales de nuestro cuento, apunta hacia horizontes muy vastos, que obligan a un replanteamiento general de todo lo que sabíamos acerca de él, y, posiblemente también, acerca de cómo entendemos la tradición del cuento folclórico internacional en general. El día en que pueda decirse que las tradiciones africanas y asiáticas (y todas las demás, por exóticas que parezcan) han sido exploradas con profundidad, todo lo que hasta ahora creemos bien establecido y probado acerca de estas tradiciones narrativas habrá cambiado de manera muy sustancial. No sería de extrañar, de hecho, que las versiones no europeas se nos mostrasen entonces superiores, en cantidad, calidad y variabilidad.

El predominio, hasta donde se conocía, de las versiones del norte de Europa, suscitaba además entre algunos críticos una deducción perversa: la de que las raíces del cuento podrían brotar de aquellas latitudes. La recuperación que hemos acometido de las versiones de Europa del sur (de las áreas vasco-navarra y portuguesa), de Hungría, del norte de África, del centro de Asia, y las expectativas razonables que ahora podemos tener de que el cuento se hallará disperso por muchos más lugares, restan muchísimo crédito a esa posibilidad. Ni siquiera las bastante gene-

ralizadas teorías acerca de la tradición indoeuropea de muchos relatos folclóricos encajaría bien con las versiones africanas que hemos logrado allegar, y que pueden ser solo la punta de un iceberg que podría hacer del continente africano un repositorio importante (aunque apenas explorado todavía) de nuestra familia de relatos.

La geografía tradicional del cuento folclórico, que los catálogos confeccionados mayoritariamente por europeos parecía que anclaban primordialmente en el solar europeo, debe ser, sin duda, mucho más compleja e imprevisible de lo que los fríos catálogos (que además están siempre en construcción, y son puramente aproximativos) pueden dar a entender. Es de desear que el futuro nos depare, si nos liberamos de la rutina de escudriñar de manera muy preferente en el espacio europeo, la documentación de nuevas versiones y de nuevos horizontes del cuento de *La partera de las hadas*. Ello no resolverá el interrogante de sus orígenes: lo complicará, más bien. Pero sí permitirá que percibamos de una manera mucho más rica, menos parcial e interesada, su entraña decididamente pluricultural.

### Bibliografía citada

- AZKUE, Resurrección María de, 1942. *Euskalerrriaren yakintza* [Literatura popular del País Vasco] vol. 2. Madrid: Espasa Calpe.
- BARANDIARÁN, José Miguel de, 1958. *Eusko Folklore. Materiales y Cuestionarios*, XI: 195-216.
- BARBIER, Jean, 1931. *Légendes du Pays Basque d'après la tradition*. París: Delagrave.
- CERQUAND, Jean-François, 1876. *Légendes et récits populaires du Pays Basque*. París: Léon Ribaut.
- CHRISTIANSEN, Reidar Thoralf, 1974. "Midwife to the Hidden People. A Migratory Legend as Told from Ireland to Kurdistan". Magne Oftedal, ed., *Lochlann. A Review of Celtic Studies* 6: 104-117.
- DÉGH, Linda, 1965. *Folktales of Hungary*. Chicago: University Press.

- MAC CÁRTHAIGHS, Críostóir, 1991. "Midwife to the Fairies (ML 5070): The Irish Variants in Their Scottish and Scandinavian Perspective". *Béaloides* 59: 133-143.
- NOY, Dov, 1969. *Folktales of Israel*. Chicago: University Press.
- O'SULLIVAN, Sean, 1966. *Folktales of Ireland*. Chicago: University Press.
- PARAFITA, Alexandre, 2006. *A mitologia dos mouros*. Vila Nova de Gaia: Gailivro.
- RIVAILLÉ, Laurence y Pierre-Marie DECOUDRAS, 1993. *Contes et légendes Touaregs du Niger*. París: Karthala.
- UTHER, Hans-Jorg, 2004. *The Types of International Folktales. A Classification and Bibliography, Based on the System of Antti Aarne and Stith Thompson*. Helsinki: Academia Scientiarum Fennica.
- VINSON, Julien, 1883. *Le Folk-lore du Pays Basque*. París: Maisonneuve.